



Permutar

Michelle Vargas Palomeque

Querida Esther: Como te has dado cuenta siempre cumplo mis promesas. No de la forma exactamente prometida pero comprenderás que no era fácil. Ayer releía la carta de mi despedida, encontré en ella más silencios, pequeñas dudas, y rencor (como no es para menos), pero por mi parte todo se encuentra olvidado (no te engaño, esta vez al menos voy a procurar no hacerlo). Estoy dispuesto a correr ese riesgo. Llevándote conmigo hasta el final de las consecuencias (no te asustes, es solo un decir...). Ya está, lo hice, piensa siempre que fue por los dos.

Querrás saber cómo lo hice, o quién me ayudó al menos (siempre desconfiando de mi capacidad Esther). Ten la seguridad que no lo sabrás, no dejé nada al azar. Pero te confieso que algo me corroe por dentro, es una curiosidad de infante, no haber podido ver tu cara y la de tu madre, correteando por la casa (tu madre, por supuesto, no tú) en mi búsqueda, sus ojos desorbitados, creyendo al inicio que estaba jugando (como cuando niños, escondiéndonos los dos de ella, ¿recuerdas?, tan crueles fuimos), sollozos, que digo sollozos, no, te imagino gritando, arañándote el rostro hermoso que tienes (vaya costumbre la tuya de perder el control y desquitarte con tu máspreciado bien). Que decir de lo que pasó al advertir de que en la casa faltaba algo más que mi presencia, y hasta ahí llega mi agudeza. El resto debió ser tan hermoso que se me escapa, ¿será ese el precio que debo pagar?, vecinos corriendo por las calles, un policía con orden de no comentar nada de los pormenores, eso es todo. Si tan solo alguien me contara algo, lo que mi ingenio no puede abarcar, debe ser el resplandor de lo hermoso que me impide.

Hace tres días creí verte, ibas con tu madre (no puedo concebirte sin ella), pasadas bajo la sombra de un árbol, la imagen era hermosa (no te voy a engañar, te lo dije,). Yo había tomado unas copas y esto provocó que perdiera el control, me oculté tras unas personas que conversaban (despertando su irritación claro), para contemplarlas. El corazón atizaba mi pecho tan fuerte que fue osado mantenerme en pie, el vientre se resintió tanto de tu presencia que estuve a punto de vomitar, en segundos la piel se barnizó en sudor, mi cabeza fue un caos de ideas (huir, correr, quedarme, esconderme). Pero poder mirarlas de tan cerca era un lujo que no podía apostar. Me quedé así por varios minutos, sin control de nada, hasta que la indignación me gobernó, quería apartar la mirada pero fue tarde, empezó primero en mi cabeza y luego en voz alta esta frase: imaldita Esther y su estúpida madre!, imaldita Esther y su estúpida madre! (me duele tener que repetirlo). Busqué en el piso algo (en ese momento no sabía qué, te lo aseguro), como si en ese algo estuviera mi redención, tomé una piedra con la mano trémula, aún puedo sentir su aspereza, la levanté para tomar impulso y cuando estaba a punto de lanzarla contra ti, alguien se abalanzó sobre mí arrojándome al piso, mucha gente se congregó a nuestro alrededor: gritos, mucho ruido, chasquidos, mientras el hombre me golpeaba, los dos en el piso, podía sentir que no lo hacía con ganas, como si en su propósito quisiera complacer a la turba nada más. Cuando todos se fueron lo primero que hice fue buscarte inútilmente, ya no estabas, ni siquiera el árbol en el que te cobijabas. Si en algo te preocupa lo que le pasó a mi cuerpo después de la paliza que me dio ese gamberro, pues no mucho, un ojo tumefacto y golpes menores a la altura del pecho, nada que no haya recibido ya antes por tus favores.

Sé que estoy rehuendo el tema que en verdad te interesa, no lo he hecho a propósito, es que quisiera decirte tantas cosas, pero sabemos que es tarde, no fui nunca de esos que añoran no sin nostalgia el pasado, nostalgia sí pero solo de ti (me permito esta frase como una última ofrenda hacia mí, de tu parte, claro).

Voy a lo tuyo, el dinero que tomé lo hice para poder verme muy lejos, renté un cuarto insignificante, estoy intentando ahorrar ali-



mentando poco mi cuerpo, una única vez al día en realidad, ya habrá tiempo para buscar un trabajo, no es poco el dinero que ustedes me regalaron (digo regalaron porque aunque lo tomé a escondidas, y sabiendo que lo necesitan más que yo, era lo mínimo que me merecía por los años de servil atención que os brindé, ¿o es que acaso vas a olvidarlo?). Sé que el dinero no te interesa, sino quien me acompaña en esta nueva vida que quiero empezar. Colibrí está muy bien (pastoso nombre para un gato, te lo repito), estoy pensando en cambiarle de nombre, algo más noble (ya que se encuentra bajo mi tutela), creo que te extraña mucho, incluso más que yo, no ha querido comer desde nuestra partida, se le nota la tristeza, pasa el tiempo mirando la calle sentado cerca de la ventana (la he asegurado bien para que no escape), espero que se habitúe pronto a nuestra nueva vida, que me acompañe a caminar sería hermoso; por el momento esto es imposible, se le nota desesperado por volver contigo (no creas que esto no me apena), quisiera abrazarlo y que entienda que es por nuestro bien; aunque nunca hemos tenido una buena relación (de seguro no puede olvidar mis crueles intentos por matarlo, eran celos nada más). Juzgarás cruel contarte todo esto de tu colibrí, pero no, tampoco quiero revelar la verdadera razón de habérmelo traído (no pensarás que hay un fin económico tras colibrí, ¿Quién querría un gato sucio –todavía no puedo dejar de llamarlo así– y viejo?, es que quería conservar algo tuyo conmigo, mi elección fue la mejor no cabe duda, Colibrí te hará falta hasta el final de tus días.

Llora, lloren juntas, lloren hasta que sea esa la razón última de sus existencias. Pero piensa que fui magnánimo después de todo; pude haber traído conmigo tu vieja silla de ruedas, que te permite al menos recorrer la casa por ti sola, ya no estaré para ayudarte, (no puedo sino reprimir cierto gozo al pensar que no habrá nadie quien te lleve las tardes al parque). A mamá no quiero odiarla, su invidencia me parece suficiente castigo.

Se despide el que fuera el hombre de la casa. Se fuerte y lee esta carta a mi madre, una muestra de agradecimiento por su amor maternal, por haberme engendrado con la sola idea de tener un mayordomo para ustedes, un mandadero de sus necesidades. Puedo sentir su gratificación, sé que no es suficiente, ya veré la forma de resarcirme, tiempo es lo que me sobra.

